

## LIBRO BRUJO: MEMORIA DESGARRADA DE LA DICTADURA TINOCO

ANA C. SÁNCHEZ MOLINA

*“Ya no recordaban sus secuencias que habían extinguido una generación. Los viejos en mecedoras se reunían con la lumbra de la tarde, rememorando males ancestrales, y no olvidaban la guerra que continuaba como por costumbre. Así detenían el tiempo”.*

*“Lepidio tenía la cara crucificada de recuerdos, manchas imborrables”*

Uno de los rasgos sobresalientes de la narrativa latinoamericana actual es precisamente su condición de registro y soporte de la memoria, de “ficción de archivo”, en palabras del teórico Roberto González Echeverría. Así, el relato se comporta como un almacén de conocimientos de la memoria histórica y colectiva, de la historia de los grupos sociales sin historia, de los vencidos, de la cultura popular.

En su novela, *Libro Brujo*, el escritor costarricense Gerardo César Hurtado busca reconstruir la historia no oficial, no institucio-



nal, la historia aún no escrita, de uno de los episodios más sobresalientes de la historia oficial costarricense: “la dictadura de la cruel familia” (82), como el mismo relato la designa.

A partir del recuerdo de los personajes centrales, personajes marginales en la historia oficial, —voces del pueblo contrabandistas de guaro que huyen de los guardias y terminan por ser apresados, mujeres ligadas a ellos, a sus actividades, a sus sueños y esperanzas, a sus temores y horrores, a la tradición popular— se van reconstruyendo los sucesos vividos en las décadas del 10 al 30, fundamentalmente, en los diferentes espacios del país y más allá de la frontera norte: el golpe de estado, las sublevaciones en los distintos pueblos, los espías, el asesinato del maestro Marcelino García Flamenco, la del hermano del Dictador: Joaquín Tinoco, etc. La figura legendaria del General Augusto César Sandino (1895-1934), ese “hombre de los pueblos libres, ¡Sí señor!” (19) atraviesa parte de la novela, para contraponerse a la figura del otro general, de Federico Tinoco Granados (1870-1931), Ministro de Guerra del gobierno de Alfredo González Flores, que se convirtió en presidente de Costa Rica (1917—19) tras un golpe de estado.

“... las olas eran corceles encabritados; daban brillo a su memoria, avivando en su espíritu los pájaros extraviados con el canto de los recuerdos, que lo hacían llorar lágrimas de compasión” (29).

El recuerdo, en tanto recurso narrativo, permite ir reconstruyendo una época desde la voz marginal de Juan Duarte Caballón, del gordo Morales, de Lepidio, Sonia, María Antonieta, Juana y Madelín Panamá. Son sus recuerdos, recogidos y presentados por

el enunciador en la misma forma discontinua, no cronológica, en que son evocados y sufridos, los que refieren esos “tiempos de los militares” (90).

“Lepidio había sentido que su pasado era una conmoción violenta en su cabeza (...) Recordó la imagen de su amigo Lucas huyendo, dibujando su espalda contra la lluvia pertinaz, avasallante. El golpetear del agua era como liberar un exorcismo latente en sus cavilaciones (...) Evocaba un dolor inexpugnable que lo sabresaltaba en su corazón. Una fracción de vida brillaba como fósforo encendido en la oscuridad del agua” (86).

Los distintos personajes rememoran, evocan y “ponen atención a los recuerdos en su memoria” (59), como María Antonieta. La memoria, ese antídoto contra el olvido, no sólo insiste en los mensajes secretos, en los rumores del esfuerzo por la liberación, en el temor hacia los esbirros, en las delaciones producto de la represión y el dolor de la bota sobre sus rostros, en el horror de la tortura; sino también, y sobre todo, en lo cotidiano, en los haceres y saberes del pueblo: en las siembras, en las chancheras, en el sudor y el trabajo, en los callos y en los piojos, en los olores que enamoran y en esa realidad que pertenece al ámbito de lo irracional, lo ilógico y precientífico y que da cuenta de la realidad maravillosa de América: la ciguanaba, la llorona, la segua, “mitad caballo y mitad vieja” (74), tata Chús, los cuentos de aparecidos, la magia, lo misterioso y brujeril, para evidenciar el mestizaje, la mitología y la transculturación en nuestra América.

“...que los guardias habían visto a un tipo de barbilla, muy parecido al gordo Carlos, que disparó primero y luego lanzó un

silbido ante el estallido de mortero que cayó en la quebrada oriente, en esa montaña que los separaba de recibir mensajes, allí en donde aulla el lobo pardo, la soledad endiablada, la ciguanaba, llorona o segua. En las noches de luna llena se sentían endurecidos por el vasallaje del enemigo, que no había tregua al otro lado de la frontera” (41—2).

Así, *Libro Brujo* es parte de ese subgénero literario, llamado por Seymour Menton: “nueva novela histórica”. Definida como una reescritura de la historia, una ficcionalización de la historia, una forma de la ciencia histórica, la nueva novela histórica responde a la demanda de reconstrucción de la identidad colectiva, a partir de la recuperación de la oralidad y del imaginario colectivo, de lo público y popular; para instaurarse como la antihistoria de la historia oficial, como la antihistoria del libro “brujo” escrito por el general Federico Tinoco: “Páginas de ayer”, publicado en París, en 1928.

Mezclando ficción y realidad, el texto novelesco de Hurtado responde a las convenciones de ficcionalidad y verosimilitud propias de la creación literaria (la ilusión referencial barthiana), pero también de la voluntad de objetividad y la convención de veracidad que han definido el discurso histórico. Gerardo César Hurtado crea un universo ficcional amparado en un contexto histórico cultural. Tal es el valor y la importancia de esta obra, recién publicada por la Editorial Costa Rica. ↵